LA DEVOCION A SAN JOSE

Por un devoto del Santo

4.ª edición

Editorial
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 – 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 – Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

LA DEVOCION A SAN JOSE

San José fue el padre nutricio y guardián de Jesús, y el purísimo esposo de la Virgen María. Dios le confió pues a San José los dos tesoros más preciosos que hayan poseído el Cielo y la tierra, al Redentor del mundo y a su Madre Inmaculada, la Virgen María.

El Evangelio dice que San José era un hombre justo, o sea, que poseía todas las virtudes en grado eminente, lo que es suficiente para hacer el elogio de este gran santo. La Iglesia celebra la fiesta de San José el 19 de Marzo.

I. Dignidad y grandezas de San José

San José descendía de estirpe real, sus antepasados por línea directa fueron los reyes más ilustres de Judá y los patriarcas del pueblo de Israel, como lo atestigua el Evangelio. Sin embargo, su verdadera grandeza no se debía a la nobleza de su linaje, sino a la dignidad a la que fue elevado por Dios, y a las virtudes que practicaba en grado eminente.

Cuando el Señor quiere elevar a alguien a una gran dignidad, no se fija en las riquezas ma-

teriales ni en la posición que ocupa en el mundo, sino exclusivamente en sus merecimientos, en sus virtudes y en el amor que le tiene.

San José era pobre en bienes de fortuna, aunque por sus venas corría sangre real, según acabamos de decir, y ejercía el humilde oficio de carpintero, con el cual se ganaba el sustento diario. Pero si carecía de bienes materiales y ocupaba en el mundo una posición humilde, tenía, en cambio, muchos títulos meritorios que le hacían muy grande a los ojos de Dios, cuya estimación se había ganado. Por eso obtuvo el singularísimo privilegio de ser elegido entre todos los hombres para ser el esposo de la Santísima Virgen y el padre nutricio del Redentor del mundo. ¿Cabe dignidad más alta y oficio más sublime?

II. Los dolores de San José

Aunque San José era muy grato al Señor por su santidad y por sus grandes merecimientos, Dios permitió, sin embargo, que, además de llevar una vida de pobreza y de sacrificio, pasase por diversas tribulaciones y aflicciones.

San José tuvo una gran aflicción en el nacimiento del Niño Jesús, al verse obligado a colo-

car al divino Infante en un pesebre por haberle sido negado el albergue en las posadas de Belén.

Otro dolor que le traspasó el alma, lo sufrió cuando el anciano Simeón profetizó que aquel Niño estaba destinado para la caída y levantamiento de muchos, que sería blanco de la ira de los malvados, y también que una espada atravesaría el corazón de María su amada esposa y Madre de Jesús.

Gran congoja debió sentir asimismo cuando tuvo que huir a Egipto con la Virgen y el Niño Jesús para librarlo de la persecución de Herodes, que lo buscaba para matarlo. Imaginemos los sufrimientos sin fin que se vería obligado a soportar en tan largo y penoso viaje de más de 400 kilómetros.

En Egipto estuvo su permanencia llena de dificultades por lo exiguo de sus ingresos para mantener decorosamente a la Santa Familia en tierra extraña.

¡Con cuánta paciencia y resignación sobrellevó San José todas las penas y tribulaciones! Por eso le consoló el Señor con especiales satisfacciones y con gozos singulares.

III. Los gozos de San José

Grande fue el gozo de San José cuando nació el Niño Jesús, por el admirable resplandor que observó en aquella noche prodigiosa y por las celestiales melodías de los coros angélicos, que celebraban la aparición en el mundo del Rey de los Cielos y de la tierra.

Otro gozo singular lo tuvo cuando acudieron los pastores a adorar al Mesías recién nacido, y más todavía con la llegada de los tres Magos del Oriente, que le rindieron homenaje, obsequiándole con ricos presentes en señal de sumisión.

San José experimentó otros gozos a lo largo de su existencia, tales como estar junto al Hijo de Dios, prodigarle y recibir sus caricias, y tenerle sumiso y obediente.

Estos gozos aliviaron las penas y los sufrimientos del santo patriarca. El Señor no deja sin consuelo a quienes le sirven, y, si permite que sufran, también les procura satisfacciones y alegrías interiores que no conocen los malvados por ricos y poderosos que sean.

IV. La muerte de San José

Pero ninguno de los gozos de San José se compara con el que tuvo al morir, siendo asistido por Nuestro Señor Jesucristo y por la Santísima Virgen María. La Sagrada Escritura no nos dice cuando murió San José, aunque lo más probable es que falleciera al comienzo de la vida pública del divino Maestro.

¡Qué consoladora debió ser la muerte de San José! ¡Qué dicha más grande tener junto a su lecho a los dos seres más queridos y poderosos del Cielo y de la tierra, y exhalar el último suspiro en brazos de la Santísima Virgen y de su divino Hijo! ¡Qué muerte más dulce!

Al separarse del cuerpo su bendita alma fue llevada por los ángeles al seno de Abraham, donde estaban las demás almas de los santos Padres del Antiguo Testamento, en espera de la llegada del Redentor del mundo. ¡Cuánto se regocijarían aquellos santos viendo entre ellos a San José, por saber que ya estaba muy próximo el momento en que se les abrirían las puertas del Cielo para ir a gozar para siempre de Dios!

V. El patrocinio de San José

Si San José tuvo tan alto honor en esta vida, ¿cuál no será ahora su poder en el Cielo? Si en este mundo el mismo Jesús le obedecía y se vió servido por la Santísima Virgen, ¿le negará Dios las gracias que le pida para sus devotos? Ciertamente que no.

En la Sagrada Escritura se nos habla de otro José, al que llamaron el Salvador de Egipto, el cual, vendido por sus hermanos, se vió exaltado a la más alta dignidad después de la persona del Faraón, por haberle descifrado unos sueños misteriosos que nadie le había sabido explicar. Díjole el Faraón: "*Tú serás quien gobierne mi casa y todo mi pueblo te obedecerá; sólo por el trono seré mayor que tú*". Y añadió: "*Mira, te pongo sobre toda la tierra de Egipto*". Quitóse el Faraón el anillo de su mano y lo puso en la de José; hizo que lo vistieran de blancas vestiduras de lino, y le puso en su cuello un collar de oro, mandando asimismo que montando en el segundo de sus carros, se gritara ante él: ¡Abrek! Y así fue puesto al frente de toda la tierra de Egipto.

Cuando se produjo una gran escasez y hubo hambre en todas partes, cosas ambas que José había profetizado, en Egipto había pan en abun-

dancia gracias a las medidas de previsión que se habían tomado, y cuando los egipcios y los extranjeros recurrían al Faraón en demanda de trigo, les decía: "*Id a José y haced lo que él os diga*" (Gén XLI).

¡Cuántos fueron los honores que se tributaron a aquel José del Antiguo Testamento y cuánto poder tuvo en Egipto!

Pues bien, una gloria y un poder semejantes tiene ahora en el Cielo el bendito patriarca San José. A él también le dijo Dios: "*Tú serás quien gobierne mi casa y mi Reino. Todos los ángeles y los santos, y todas las criaturas se inclinarán ante ti, y a tu disposición tendrás el tesoro de mis gracias*".

El gran escritor y teólogo Gerson dejó escrito: "*Para Dios los ruegos de San José son un mandato*". Y Santa Teresa, que eligió a este santo como protector especial de su Orden, para animarnos a recurrir constantemente a San José, decía: "*No recuerdo haber pedido cosa alguna a San José, que no la haya alcanzado. El que no me crea que haga la prueba y verá que gran bien es el ser devoto de este santo patriarca*".

San Juan Bosco nos dice que a la devoción a Jesús y a María debe estar unida la devoción al glorioso patriarca San José, ya que después de Jesús y de María, él es el santo que más que ninguno merece nuestra veneración y nuestro amor.

El 8 de Diciembre de 1870, Su Santidad el Papa Pío IX, considerando los gravísimos e inumerables males que agobiaban a la Iglesia de Cristo, queriendo poner a todos los fieles bajo la protección del santo patriarca, proclamó a San José el Patrono de la Iglesia Universal.

¡Con cuánta confianza debemos recurrir a este gran santo! *"Id a José"*, decía el Faraón a los egipcios, y eso mismo nos dice la Iglesia señalándonos a su Patrono Universal. Vayamos a San José y pidámosle las gracias que necesitemos, que él nos las conseguirá de Dios, el cual, hecho hombre, le miró como padre y le estuvo obediente en la tierra.

Seamos pues, devotísimos de San José, y recurramos a él en todas nuestras necesidades temporales y espirituales.

VI. San José como modelo

Si queremos asegurarnos el poderoso patrocinio de San José, debemos esforzarnos en imitar sus principales virtudes, que son la pureza, la obediencia y el trabajo.

1. La pureza

A San José se le representa con una azucena en las manos, porque siempre fue muy puro, hasta su muerte, tanto antes como después de casado. A imitación suya, también debemos nosotros esforzarnos en ser castos y puros.

2. La obediencia

San José obedeció pronta y gustosamente los divinos mandatos, sin preocuparse por las dificultades y los peligros que esto le ocasionaría. ¿Somos nosotros así de obedientes a la voluntad de Dios, que se nos expresa a través de nuestros padres y superiores? Imitemos a este gran santo en obedecer siempre por amor a Dios.

3. El trabajo

San José fue pobre, y tuvo que trabajar para ganar el sustento diario de la Santa Familia, y siempre lo hizo con mucha resignación y sin te-

mor a los sacrificios que debía imponerse. Amemos también nosotros el trabajo, por ser un deber y la penitencia impuesta por el Señor a todos nosotros, y no dejemos en ningún momento de amar y bendecir al Señor.

* * *

Practicando estas virtudes seremos verdaderos devotos de San José, y él nos obtendrá de Dios las gracias y los favores que le pidamos, y, lo que es más importante, nos concederá que en los últimos instantes de nuestra vida, seamos asistidos por Jesús y por María.

¡Qué alegría más grande tendremos a la hora de nuestra muerte por haber sido devotos de San José! Cerraremos los ojos con el beso del Señor y nos sentiremos felices por el dulce pensamiento de ir a gozar de la visión de Dios y de la Virgen María para siempre en el Cielo.

VII. Devoción a San José de Sta. Teresa

Yo tomé por abogado y señor el glorioso San José, y me encomendé mucho en él. Vi claro que de esta necesidad como de otras mayores, como de honra y pérdida de alma, este padre y señor mío me saco con más bien del que yo sabría pedir. Hasta ahora no me acuerdo de haberle suplicado cosa alguna que la haya dejado de hacer.

Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma; que a otros santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad, mas a este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos a entender que así como tenía nombre de padre, siendo siervo, y le podía mandar, así ahora en el cielo hace cuanto pide.

Esto han visto también otras personas a quienes yo decía se encomendasen a él, también por experiencia, y aun hay muchas que le son de nuevo devotas experimentando esta verdad...

Por eso querría yo persuadir a todos fuesen devotos de este glorioso Santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota y le haga particulares

servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud; porque aprovecha en gran manera a las almas que a él se encomiendan. Me parece que desde hace algunos años, que cada año en su día le pido una cosa, y siempre la veo cumplida; si la petición va algo torcida, él la endereza para mi mayor bien.

Si yo fuera una persona que tuviera autoridad para escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes que este glorioso Santo nos ha hecho a mí y a otras personas... Sólo pido, por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso Patriarca y tenerle devoción.

En especial personas de oración siempre la habrían de ser aficionadas; que no sé cómo se puede pensar en la Reina de los ángeles, el tiempo que tanto paso con el Niño Jesús, que no den gracias a San José por lo bien que les ayudó.

Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso Santo por maestro y no errará en el camino. Plegue al Señor no haya yo errado en atreverme a hablar de él; porque aunque publico serle devota, en los servicios y en imitarle siempre he faltado" (Libro de la Vida c.6).

VIII. Devoción de San Ligorio

"¿Quién ignora que San José es entre todos los santos, después de María Santísima, el más apreciado de Dios para impetrar las divinas gracias a favor de sus devotos?

Bien nos cumple venerar a San José, a quien el propio Hijo de Dios quiso honrar llamándole padre (Orig. Hm.17) Idéntica denominación le dan los Evangelios (Lc.2,33) y con ese mismo nombre lo designó también la Santísima Virgen (Ibid.2,48). Si el Rey de los reyes encumbró, pues, a José a tan elevada honra, justo y debido es que nosotros procuremos ensalzarlos en cuanto podamos... ¿Qué ángel o qué santo, dice San Basilio, mereció ser llamado padre del Hijo de Dios? ¿Puede darse mayor dignidad ni más encumbrada celsitud, prosigue diciendo, como la de mandar al que impera sobre todos los reyes? ¡Gran confianza debemos colocar en la protección de San José por el señalado amor que le mereció de Dios su eminente santidad!

Y pues siendo María, como aseguran los santos, la dispensadora de todas las gracias que Dios concede a los hombres, ¿con cuénta profusión no es de creer enriquecerse de ellas a su esposo, a quien tanto amaba y del que era respectivamente amada? Y ¿cuánto no es de creer aumentase la saltidad de José el trato familiar que tuvo con Jesucristo en el tiempo

que vivieron juntos? ¿Qué llamas de caridad no debemos suponer ardiesen en el pecho de San José por aquel trato continuo que durante tantos años vivió unido al Hijo de Dios?" (Serm. de la festividad de San José).

ORACION

Acordaos, oh purísimo esposo de María Virgen y protector mío San José, que jamás se ha oído decir que habiendo alguno invocado tu protección y pedido tu ayuda, no haya sido consolado. Con esta confianza vengo a tu presencia y me encomiendo fervorosamente a tí ¡Oh! no desprecies mi oración, oh Padre virginal del Redentor, sino recíbela piadosamente. Amen.

Con licencia eclesiástica

ISBN: 978-84-7770-302-0
Depósito legal: M. 45.745-2009

Impreso en España - *Printed in Spain*
Por: Impresos y Revistas, S. A. (Grupo IMPRESA)